

¿Quién entiende a los cubanos?

Desde México hasta la Patagonia, nuestros pueblos están repletos de una rica cultura que se expresa en su pintoresca, atrevida y colorida forma de hablar el castellano. La chispa del criollo caribeño es conocida mundialmente y el cubano, por ser el más numeroso, tiene su propio idioma que muchos encuentran difícil o hasta casi imposible de descifrar. A veces uno charla con un cubano y se retira de la conversación sin entender media palabra de lo que dijo.

Al cubano le encanta salpicar la conversación con refranes y dicharachos, como para darle “sazón” a la plática. Por ejemplo, si un caballero está enamorado de una dama, la forma correcta de anunciar sus intenciones amorosas sería algo como, “estoy enamorado de ti”. Pero para el cubano esa frase carece de picardía y sabor; él prefiere decir, “es un coco lo que tengo contigo”. Aunque no suena romántico, ese dicho ha conquistado más de un corazón en Cuba y en los barrios de Miami. Si una dama no es agraciada, el cubano no pierde tiempo en declarar a los cuatro vientos que “esa mujer le mete miedo al susto”; otra variación más cruda se reserva para los menos atractivos, “si lo feo doliera, estuviera dando gritos”.

Cuando dos cubanos hablan de alguien exitoso y rico, normalmente se describe a ese individuo como que está “en la papa” o “en la mangadera”. Como pueden evidenciar, se necesita un diccionario o por lo menos un amigo cubano que traduzca. Si ese mismo personaje acumuló su fortuna en ne-

gocios turbios e ilícitos, fácilmente decimos que “no es muy católico”, sin tener en cuenta su verdadera afiliación religiosa. El ciudadano pobre también es recordado en los refranes: “no tiene ni donde caerse muerto”, “salir de Guatemala para entrar en Guatepeor”, “le debe a las once mil vírgenes y a cada santo un peso”.

La muerte siempre ha provocado un humor morboso en los pueblos y el cubano no se queda atrás. “Cantó el manisero”, “estiró la pata”, “bicho malo nunca muere” (este dicharacho se usa frecuentemente para referirse a Fidel Castro). Es reconocido ampliamente que los mejores chistes se dan a conocer en los velorios cubanos. Allí se reúnen muchos hombres que ofrecen 30 segundos de pésame y compasión a los familiares del difunto y después dedican un par de horas para disparar chistes y chismes. Yo asistí a una funeraria donde el hermano de la difunta me abrazó con tristeza y seriedad; a los pocos minutos me arrinconó para contarme los últimos chistes de su amplio repertorio. Como se dice en puro cubano, el muerto al hoyo y el vivo al pollo.

Se dice que un cubano puede ser cualquier cosa menos un “pesao”. El calificativo mencionado es el más severo y máximo insulto y nadie quiere asociarse con esa calaña de persona. Posiblemente un comunista pesao sea el ser más despreciable dentro y fuera de Cuba. Por esa razón los eruditos aseguran que Raúl Castro, designado para sustituir a Fidel, fracasará por ser un tremendo pesao, desprovisto de simpatía y carácter. Las injurias llueven sobre aquél señalado como “pesao”: es un hígado, es un hígado frío a medianoche, es un latoso, es un dolor de barriga, no hay quien se lo dispare, no hay quien se lo trague, cuando llega hay que espantar la mula; es un sapo inflado, si lo pinchan revienta... y otros más.

Finalmente, hasta los piropos dentro del idioma cubano son difíciles de comprender. Por eso es aceptable que una mujer hermosa se le pueda catalogar de “monstruo”, “animal”, o “monumento”. ¿Quién en este mundo razona así? Únicamente

POTAJE

los cubanos, los mismos que tienen guayabitos en la azotea, viven en las quimbambas, acaban con la quinta y con los mangos; les gusta el café claro y el chocolate espeso; además, tienen 99 papeletas para ganarse una galleta y salen de Pascuas a San Juan. Finalmente, el cubano es el único que vive donde el gallo dio las tres voces. ¿Me entienden ahora?